

# "Cariño"

Por Carlos Z. Spectrum

Carmen se acerca despacio y apoya el secador contra la pared. Algunas noches, como esta, la habitación donde guardan la máquina está vacía. Las órdenes que le había dado el doctor eran claras: nunca entrar cuando había alguien trabajando (que era casi siempre); no derramar agua en el suelo; pasar el plumero con cariño.

Lo poco que sabe Carmen de la máquina alcanza para tenerle un miedo atroz. Por eso se queda quieta un minuto entero después de apoyar el secador contra la pared, con el plumero en la mano. ¿Cariño? ¿Cómo iba a tenerle cariño a una máquina que pensaba?

"Permiso", dice Carmen, aunque está sola y lo poco que sabe de la máquina alcanza para creer que no puede escucharla. Un toque del plumero. Un movimiento distinto a limpiar, un toque de reconocimiento. Algo que podría describirse como una caricia, parte de un ritual respetuoso. Otro minuto en silencio.

¿Qué quería decir que la máquina pensaba? ¿Y ahora, apagada, qué hace? "Sueña", dice una voz en la cabeza de Carmen, y para apagar esa idea tonta, imposible, Carmen le da a la máquina otro toque con el plumero. Otra caricia. "Si se enciende me voy zumbando", piensa Carmen.

Los doctores dicen que la máquina canta una canción inglesa. Por eso le pusieron Carmelita; no, Clementina. Le pusieron nombre de mujer y eso a Carmen le da más miedo. Quizás porque tiene todos hijos varones, y está acostumbrada a hacerse respetar en su casa, pero esta no es su casa, es la universidad, ¿y por qué pensar en sus hijos justo ahora?

Carmen apoya una mano en el frío metal de uno de tantos gabinetes. Adentro parece que corrieran bichos, pero Carmen no sabe distinguir si ese adentro es de la máquina o de su mano, la sangre que corre por sus venas. Por adentro de su mano parece que corrieran bichos, un enjambre de hormigas enloquecidas, eso mismo es el miedo, esas hormigas.

El doctor juega con la máquina. Carmen lo vio. El doctor juega al juego de los palotes con la máquina y la máquina siempre le gana. El doctor se pone contento cuando pierde; se pone contento cuando la máquina lo descubre haciendo trampa. Carmen sabe que el doctor la ve cuando ella lo espía, desde afuera de la habitación. Para el doctor es bueno que Carmen se acostumbre a la máquina. El doctor confía en ella, en Carmen, le insiste que se acerque y "se haga amiga", porque a la máquina el plumero hay que pasárselo con cariño, y lo mejor es que se encargue una persona sola, hay que tener cuidado, hay que tener cariño,

y Carmen tiene cuidado, tiene cariño y también tiene miedo. El miedo es bueno. El miedo es respeto.

"Clementina", dice Carmen en voz alta. En seguida se arrepiente, porque ahora parece que le hablara a una persona y lo último que quiere Carmen es pensar en la máquina como en una persona. Otro toque de plumero, otro minuto en silencio.

De noche hay que tener cuidado, porque a veces viene el otro doctor, el que habla solo, el que grita, el que arranca las hojas del cuaderno y las hojas terminan en el suelo. Carmen nunca sabe qué hacer con esas hojas, llenas de garabatos endemoniados. El doctor le dijo a Carmen que intente no cruzarse con el otro doctor, y ella hace todo lo posible por hacer caso de esa orden.

"Bueno, basta", piensa Carmen y arranca a plumerear. Ahora sí mueve el plumero como si limpiara cualquier techo de cualquier aula. Porque las máquinas no piensan. Las máquinas son ascensores. Una aprieta un botón y el ascensor sube, aprieta otro botón y el ascensor baja. Nombre de mujer tienen los autos y los botes. Los hombres le ponen nombre de mujer a las máquinas que se manejan. Los chicos juegan con el ascensor y los padres los retan. El doctor juega con Clementina y se alegra cuando la máquina le gana. Carmen apoya el plumero junto al secador. ¿Y si es verdad que la máquina piensa?

"Dos mujeres que cumplimos órdenes", dice Carmen y se tapa la boca porque no quiso decir eso, no quiso hablarle a la máquina de mujer a mujer, eso no tiene sentido, Clementina es inglesa, ¿qué sabe de limpiar aulas vacías? Si mañana viene el otro doctor y la Clementina le cuenta, esa que limpia no para de hablar, dice cada cosa...

"Perdón". Carmen acaricia el metal, que ahora parece más blando, más suave. Debe ser la pintura que es suave, piensa Carmen, pero igual no logra que su mano deje de acariciar el gabinete, como el jabón que da vueltas entre las manos y una no puede decir basta, dele vueltas y vueltas. Basta. Carmen toma asiento en la silla frente a la computadora. Parecen de mentira las lágrimas que le inundan los ojos, lágrimas de película, de amantes que se despiden en puertos esfumados donde un bote con nombre de mujer aguarda la orden de partida.

"Yo también estoy sola", dice Carmen, ya sin arrepentirse, "tengo a los chicos y tengo a mamá, que los cuida, pero a veces es como si yo también fuera una...". No. No termina la frase. Le cuesta reconocer el argumento como propio. Lo pensó, no hay dudas de que en su cabeza aparecieron las palabras, pero Carmen se niega a reconocerlas. En vez, se levanta de un salto, limpia los gabinetes, remueve el polvo con la eficiencia de una máquina y en su mano el plumero parece un animalito.

Carmen decide que ya limpió suficiente. Es hora de guardar el secador, el plumero y volver a su casa. Ferranti Mercury, lee Carmen, el nombre completo de la máquina, inscripto en letra de imprenta. Ella se llama María del Carmen González. Antes de salir, y antes de arrepentirse, Carmen se lleva una mano a la boca y besa las yemas de dos dedos. Antes de salir, y antes de arrepentirse, le deja el beso a Clementina, en donde le parece que está la zona más sensible de la máquina.

FIN.